

ancora



SAN FELIU DE GUIXOLS - 1 SEPTBRE. 1960
NÚM. 646 AÑO XIII

ESCATIMAR, PERO NO TANTO



Todos tenemos necesidad alguna vez de efectuar un recambio en una máquina o instalación casera. Para ello llamamos al operario idóneo, o bien, si la cosa es de poca importancia, vamos nosotros mismos a un establecimiento de artículos del ramo y procuramos arreglar la avería, siquiera provisionalmente. Pues ya sabemos que no siempre que necesitamos los servicios de otro está ese otro dispuesto a darnos cumplimiento. Mayormente si el percance nos ocurre en fechas de gran actividad constructora como así sucede en verano por estas latitudes.

Bueno, lo cierto es que de una u otra manera nos disponemos, por mano propia o ajena, a arreglar el desperfecto. Y entonces es cuando se presenta un pequeño inconveniente. Pequeño o grande según la importancia de la pieza a reparar.

Resulta no pocas veces que en la tienda suministradora nos dicen (o el operario que nos atiende) que del material necesario para el arreglo ya no hay de la misma marca en el mercado. Que la pieza a cambiar es de cuño antiguo (de antes de la guerra, suele decirse) y que ahora hay otras marcas mejores, más perfeccionadas, y elaboradas con material moderno, de plástico, en muchos casos.


Nosotros hacemos la observación de que «aquello» era muy resistente y duradero, que había prestado servicio durante tantos años y que difícilmente lo nuevo podría ser mejor.

Al fin, sin embargo, ante los insis-

tentes razonamientos que se nos exponen, nos damos por vencidos, si no convencidos, y asentimos con el cambio.

Pero no dura mucho el equívoco. Pronto nos cercioramos de que en realidad éramos nosotros los que íbamos acertados. El accesorio cambiado se estropea, el mecanismo reparado se inutiliza otra vez, y nos reafirmamos en la convicción de que lo viejo era de mucho más rendimiento que lo nuevo. No porque no sea mejor estudiado y más práctico, teóricamente. Incluso es posible que el material empleado responda mejor a los fines de su funcionamiento. Pero algo ha fallado en su construcción. Y ese algo no es otra cosa sino que se ha calculado tan limitadamente la cantidad de materia prima en la construcción que por poco ha resultado insuficiente. Lo que antes fué un exceso ahora es deficiencia. Lo que la pieza de recambio ha ganado en finura, ligereza y pulcritud de líneas, lo ha perdido, en cambio en solidez y resistencia, en duración, en suma. Y de artículos y aparatos de uso común elaborados con esa parquedad de medios el mercado está repleto. La productividad se ha multiplicado extraordinariamente. Puede uno encontrar chucherías y artículos de toda clase, en forma, color y estilo, a cual más sugestivos. Incluso a precios relativamente más bajos que antes. Lo que uno no puede pedir, en gran parte de ellos, es garantía de durabilidad. Están hechos como para servicio de temporada. Tienen más de bella apariencia que de efectiva utilidad. Su vida es corta como la moda, bajo cuyo diseño han sido elaborados. Por eso hay que estar precavido, y al estrenarlos pensar ya en los que habrán de sustituirles.

Lo que se gana en producción se pierde en rendimiento. O sea que la ventaja que con ello se obtiene es muy discutible. — **Xavier**

Sintonia 

Guardias Urbanos

Han dejado ya nuestra ciudad los guardias urbanos que hace un mes nos llegaron para echarles una mano a los de la plantilla de nuestro Ayuntamiento. El intenso trabajo lo requería, y así, todos juntos, unos y otros han formado un cuerpo urbano que merece, cada año, toda la admiración y respeto de los guixolenses.

Porque, cuando se llega a la intensidad rodada como la lograda este año, uno no puede menos que pararse en las encrucijadas y quedarse contemplando la labor de estos guardias. Y no por ello pueda parecer una novedad, sino porque su trabajo lleva consigo el sello de la elegancia, de la educación, del servicio espontáneo, de la protección al inferior y también, nacida de toda esta serie de cualidades, el sello de una auténtica autoridad.

Por esto no pasa desapercibida la labor de estos funcionarios y la prueba de ello la encontramos en la multitud que cada domingo y demás fiestas se estacionaba en los cruces de los paseos y Ramblas para contemplar el paso de los cientos de coches bajo la regulación vigilante de los guardias urbanos. Allí estaba presente la admiración de todo el pueblo, y allí estaba el agradecimiento cuando con ademán protector ellos ofrecían el paso a los peatones.

Los guardias forasteros han dejado ya nuestra ciudad y a sus amigos de labor. Ha parecido observarse que los familiares de alguno de ellos han venido a recogerles en los tres o cuatro últimos días que les quedaron del mes de agosto, aprovechando, así, unas breves vacaciones. ¡Cómo nos ha satisfecho esta coyuntura familiar! Porque nos la imaginamos algo así como una simpática compenetración de ideas frente a la visión nuestra del trabajo por ellos realizado. Este trabajo que aquí, en nuestra ciudad, no se representa con la mecanización o la inercia de las grandes urbes.